

Derechos reservados de El Colegio de Sonora, ISSN 0188-7408

**Silvia M. Arrom
y Servando Ortoll (coords.) (2004),**
Revolta en las ciudades.
Políticas populares en América Latina,
México, D. F.,
UAM-Iztapalapa, El Colegio de Sonora,
Miguel Ángel Porrúa Editores,
308 pp.

Escribir historias —dijo Goethe una vez— es un modo de
quitarse de encima el pasado. El pensamiento histórico
lo acerca hasta convertirlo en materia suya,
lo transfigura en objeto suyo,
y la historiografía nos liberta de la historia.
BENEDETTO CROCE (1971)

Los tres objetivos del libro *Revolta en las ciudades. Políticas populares en América Latina*, según lo indican sus coordinadores, son: 1) crear la historia de las luchas urbanas, 2) lograr un mejor entendimiento de la relación recíproca entre gobernantes y gobernados, y 3) alentar nuevos estudios de la política popular en áreas urbanas.

Para ello, ocho académicos de distintas especialidades aportan los resultados de su trabajo de investigación sobre *episodios excepcionales* e iluminan el tejido normal de la sociedad y la naturaleza del cambio histórico, como dice Silvia Arrom, una de los coordinadores. Los trabajos están organizados en capítulos y sus autores son los siguientes: capítulo I, “La ‘rebelión de los barrios’: una insurrección urbana en el Quito borbónico”, de Anthony McFarlane; capítulo 2, “Protesta popular en la ciudad de México: el motín del Parián en 1828”, de Silvia Marina Arrom; capítulo 3, “Muerte al cementerio: reforma funeraria y rebelión en Salvador, Brasil, 1836”, de João Jo-

sé Reis; capítulo 4, “El motín del *vintem* y la cultura política: Río de Janeiro en 1880”, de Sandra Lauderdale Graham; capítulo 5, “El bogotazo de 1893: artesanos y violencia pública en el Bogotá de finales del XIX”, de David Sowell; capítulo 6, “La *Revolta contra vacina* de 1904: la revuelta en contra de la “modernización” en Río de Janeiro, durante la *belle époque*”, de Jeffrey D. Needell; capítulo 7, “¡Viva México!, ¡Mueran los yanquis!: los motines de Guadalajara en 1910”, de Avital H. Bloch y Servando Ortoll. Al final, Charles Tilly aporta algunas conclusiones en un capítulo que denomina “La disensión política y los pobres en América Latina, siglos XVIII y XIX”.

El libro de 308 páginas fue editado por la Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, El Colegio de Sonora y Miguel Ángel Porrúa, y es el número 27 de la serie Biblioteca de signos. Carlos Illades hace una breve presentación y tiene toda la razón cuando afirma que la obra es sugerente, útil y compleja; enseguida viene un prefacio a la versión española en el cual Servando Ortoll confiesa que en cierta medida el sol vespertino de Oaxaca influyó para que Silvia Arrom y él se dieran a la tarea de reunir en un solo volumen los escritos más sobresalientes que conocieran sobre motines (del latín *motus:movimiento, alboroto, tumulto sedicioso*, según un diccionario que tuve a mi alcance). Ortoll reconoce además que, gracias a la Dra. Gabriela Cano, podemos leer en español los artículos que estaban en otros idiomas y que son incorporados a la obra.

Introducen el libro unas interesantes notas de Silvia Arrom. En ellas considera que los trabajos que se presentan añaden una dimensión latinoamericana a la controversia de E. Hobsbawm y G. Rudé, quienes, en su opinión, cambiaron la manera en la que los historiadores interpretaban la violencia de las multitudes urbanas, al calificar a las muchedumbres amotinadas como manifestantes racionales, motivados por fines compartidos y con un sentido incipiente de la lucha de clases.

Además de incorporar la dimensión latinoamericana, las contribuciones que leemos en el presente libro, afirma Silvia, ayudan a la reconceptualización del funcionamiento de la política latinoamericana durante el periodo anterior al surgimiento del populismo. Asimismo, dejan de lado la visión que disminuía la importancia de las masas como actores políticos, actores que tenían opiniones acer-

ca de muchos asuntos políticos, que actuaron siguiendo sus propias convicciones y que sus luchas impactaron, en cierta medida, a quienes mantenían el poder y a las políticas que querían instrumentar.

De esta manera, las siete aportaciones del presente libro tratan de unir, en una especie de *cui bono*, la historia política y la social, así como los estudios de la política de las élites con los de la protesta de las masas, con la intención de estar en mejores posibilidades de conocer el funcionamiento del sistema político en su totalidad.

Son siete las revueltas analizadas por los estudiosos: tres ocurridas en Brasil, dos en México, una en Ecuador y otra en Bogotá, rebeliones que tuvieron lugar en diferentes años: la más antigua ocurrió en 1765, en Quito; luego en 1828, en la ciudad de México; en 1836 en Salvador, Brasil; en 1880 en Río de Janeiro; en 1893 en Bogotá; en 1904 de nuevo en Río de Janeiro, y finalmente, en 1910 en Guadalajara, México.

No fueron éstas, se advierte, las únicas rebeliones habidas en Latinoamérica en el periodo estudiado, pero sí fueron luchas urbanas de importancia acontecidas en ciudades que eran capitales de naciones, estados o virreinos.

Este libro podría también llamarse “Cinco días que estremecieron a importantes ciudades latinoamericanas”, porque, si no hice mal las cuentas, en conjunto las rebeliones tuvieron una duración aproximada de 122 horas, siendo la de más larga duración la “rebelión de los barrios”, en 1765, en Quito, que se prolongó 36 horas y que se desarrolló en dos fases, seguida por “el bogotazo” de 1893 —no confundir con el bogotazo de 1948— que se extendió por 24 horas. Dieciséis horas duró la llamada revuelta contra la vacuna en Río de Janeiro en 1904; 14 horas se extendió la rebelión del cementerio en Salvador, Brasil en 1836; 12 horas duró el “motín del *vin - tem*” o de los veinte céntimos, ocurrida en Río de Janeiro en 1880; 12 horas duró el motín de Guadalajara en 1910, y la de menor duración, pero no por ello menos dramática, fue el motín del Parián en la ciudad de México, en 1828.

Pienso que de haber existido entonces The National Advisory Commission on Civil Disorders, de los Estados Unidos, la cual clasificaba a los desórdenes dentro de tres categorías: importante, serio y menor, la Rebelión de los Barrios habría sido catalogada como im-

portante por su duración en horas, pero por las destrucciones causadas seguramente todas las analizadas en este libro serían clasificadas de igual forma.

En la base de las rebeliones analizadas subyacen diversos motivos, causas y razones que las provocaron, aspectos que forman parte de las preguntas que los investigadores se hicieron, como también aquellas orientadas a determinar el núcleo de dichos motines, los intereses que estaban en juego, el contexto histórico en el que se desarrollaron los acontecimientos, los actores que participaron y lo que representaban, los símbolos y expresiones que se manejaron o contra los que atentaron, el tipo de liderazgo, si lo hubo, y, entre otras cosas, los resultados o el impacto de esas rebeliones en el orden social y político.

Para tomar solamente algunos elementos que en estas rebeliones estudiadas aparecen como motivos, pero que tienen causas y razones que los hacen congruentes, tenemos lo siguiente:

La “rebelión de los barrios”, ocurrida el 22 de mayo de 1765, está relacionada con una medida de racionalidad borbónica ocurrida 26 años antes con la creación del Virreinato de la Nueva Granada, que afectó las cajas reales de Quito a favor del virrey de Bogotá, capital de ese nuevo virreinato. Para subsanar esa situación, se recurrió a otra racionalidad: afectar el monopolio privado del aguardiente y las alcabalas a favor de la gestión directa de funcionarios reales.

Los actores en este escenario fueron el patriciado criollo, las familias nobles y ricas de Quito, el cuerpo eclesiástico, los propios miembros del gobierno, los pasquines, los barrios populares y de plebeyos, los intermediarios jesuitas, los rumores y los gobiernos informales surgidos de la multitud, los trasfondos políticos de los motivos económicos, y las desigualdades e inequidades de los nativos frente a los extranjeros. Pasaron 10 meses para que la situación volviera a la normalidad y se conservara el orden anterior al no aplicarse la medida estatizante.

El caso del motín del Parián, el almacén comercial español ubicado en el zócalo de la ciudad de México, ocurrido en 1828 y el primer disturbio en 136 años, se produjo en un contexto de crisis económica, de asonada militar y de confrontación política, como resultado de las elecciones a la presidencia de la República en

septiembre de ese mismo año y la lucha entre el partido gubernamental, en manos de la logia masónica del rito escocés, frente a la logia opositora, la de rito yorquino, que llevaría un mes después a Vicente Guerrero a la presidencia de México.

Lo novedoso del fenómeno es la apelación al pueblo a favor de las élites mexicanas en sus conflictos por el poder. Un tipo de política democrática con un tipo de violencia colectiva moderna, pero con una estructura interna propia capaz de identificar a un responsable a quien culpa de sus desgracias y que a la voz de “¡Vivan Guerrero y Lobato / y viva lo que arrebato!”, se lanzaron a saquear y destrozaron el símbolo de la presencia española en el puro corazón de la ciudad. Hay que señalar que Guerrero, el héroe mestizo de las guerras de independencia, representaba la posibilidad de movilidad ascendente, de aspiraciones igualitarias, de aranceles elevados proteccionistas y era antiespañol.

El orden fue restablecido al día siguiente, el 5 de diciembre; resultado de este movimiento liberal, fue el triunfo del partido yorquino, pero también, tras el horror de la gente decente hacia las reuniones de gente pobre, la reorganización y fortalecimiento de la fuerza policial, y que el llamado Tribunal de Vagos empezara a perseguir en serio a los indigentes de la ciudad. Ocho años más tarde, en 1836, fueron reconsideradas las democráticas leyes electorales de 1824, al establecer requisitos de alfabetismo e ingresos para sufragar:

“A dónde van los muertos/ quién sabe a dónde irán”, dice la letra de una canción ranchera mexicana. Los habitantes de Salvador, Provincia de Bahía, Brasil, no solamente sabían a dónde iban sus muertos, sino la manera en que debe organizarse su muerte, y cómo y dónde enterrar a sus difuntos. Parece que esto no lo sabían quienes en 1835 llevaron a cabo una reforma funeraria, dentro de la cual se aprueba una ley para privatizar los cementerios y evitar que los muertos fueran sepultados en las iglesias. Tales reformas, se decía, traerían la civilización a Bahía.

Cuatro meses después de aprobada esa ley, e inaugurado un cementerio privado en el cual deberían ser enterrados los muertos, estalla la revuelta. También había quienes sí supieron aprovechar la rebelión: las hermandades religiosas que con esas medidas veían

minado su poder e influencia a favor de la jerarquía eclesiástica. La estabilidad en Salvador, Bahía, volvió al día siguiente de la rebelión y hubieron de pasar 20 años en los que la gente podía enterrar a sus muertos en las iglesias.

Cuarenta y cuatro años más tarde, también en Brasil, pero ahora en Río, los trabajadores y el pueblo se manifestaron luego de 40 años de ausencia de protesta urbana, y echaron abajo con ello la visión que se tenía de que el público era solamente un espectador o comentador y no un participante activo o con iniciativa propia. A ello contribuyeron los profundos cambios urbanos que como causa y efecto incrementaron el poder y la riqueza.

En octubre de 1879, el Parlamento decidió cobrar un impuesto directo de veinte céntimos a los usuarios del tranvía para reforzar las rentas públicas en un momento de crisis financiera nacional, el cual se cobraría inmediatamente después de la última de doce campanadas y del abrazo de año nuevo, es decir, el primero de enero de 1880.

El día de los inocentes, todavía el año anterior, un mitin multitudinario donde se protestó contra el impuesto que se veía venir, advertía de los acontecimientos violentos. Asimismo, antes del desenlace, crecían las discrepancias entre las autoridades que hicieron chocar a la Junta Municipal de Río y al gobierno por los ingresos del erario para la ciudad y autoridad citadina sobre las mejoras públicas, especialmente aquellas que involucraban operaciones del tranvía. El argumento que se esgrimía era que los ingresos derivados del impuesto no debían ser remitidos al tesoro imperial sino a la Junta Municipal. Detrás de esto estaban las diferencias entre los grupos de los partidos Liberal y Conservador. La rebelión vino a poner al descubierto y a ventilar esas diferencias.

Pero el primero de enero, luego de protestas pacíficas, la población pasó a actos violentos que pusieron a prueba a la policía. El resultado fue que la población se rehusó a pagar el llamado impuesto del *vintem*. Ciertos políticos pensaban que los disturbios no tenían nada de políticos, discutían la cancelación de la medida, lo cual finalmente ocurre ocho meses después. El saldo no fue solamente eso, sino la formación de un nuevo gabinete ese mismo año y la siembra de una terrible duda acerca de cómo y quién controlaría la ciu-

dad en un escenario en el cual se estaba forjando una nueva cultura política.

Decía el viejo Mao que una sola chispa puede encender la pradera. Supongo que la chispa tendría que caer en el pasto muy seco para que el incendio ocurriera. Eso parece que sucedió en Bogotá en enero de 1893. La chispa fue una serie de cuatro artículos publicados en *Colombia Cristiana*, un diario progubernamental y apoyado por el obispado, en diciembre de 1892 y enero de 1893. En ellos, se aseguraba que el deterioro familiar y la mendicidad prevaleciente en la ciudad se debían a que las clases trabajadoras eran, como dice un corrido mexicano, borrachas, parranderas y jugadoras.

El pasto lo constituía un Bogotá en pleno proceso modernizador, con un aumento poblacional muy significativo, una economía en crecimiento debido a la exportación del café, pero con presiones inflacionarias especialmente en alimentos y rentas que afectaba al salario de la gente, entre quienes se encontraban los artesanos, un sector organizado y politizado. La resequedad del pasto se incrementaba por la feroz contienda partidista entre conservadores y liberales. Seis guerras nacionales en distintos años habían restado humedad al ambiente, el cual se reseco más en Bogotá en donde ocurrieron en diferentes años reyertas callejeras en distintos procesos electorales.

El incendio se inició el domingo 15 de enero y el pasto ardió hasta el día siguiente, y no fueron bomberos precisamente quienes acudieron a sofocarlo, sino tropas regulares del ejército y la policía. Hubo muertos en los dos bandos contendientes, deportados, ley marcial, organizaciones suprimidas y restricciones a la prensa.

Sin embargo, se sospechó que la chispa había provenido de un cerillo arrojado al pasto por la filosofía pseudopolítica del Partido Liberal, la cual llevó a las clases sociales más bajas a rebelarse. La contienda siguió en los periódicos más importantes, donde se expresaba la lucha entre la paz científica del gobierno conocido como Regeneración y sus detractores liberales.

Cuatro meses después fue suspendida la ley marcial y se estableció una ley de imprenta. Pero, de nueva cuenta, el horror por la violencia callejera llevó a la modernización y profesionalización de la fuerza pública y a una campaña contra el crimen y la prostitución,

medidas que pueden ser vistas como el intento por tener un Bogotá ordenado.

Paul Valéry afirmaba que dos cosas amenazan al mundo: el orden y el desorden. En 1904 en Brasil, un gobierno modernizador quería ordenar la vida urbana de Río imponiendo un nuevo plan metropolitano, realizando obras portuarias y tomando medidas drásticas en contra de las enfermedades. Esto ocurrió dentro del contexto inmediato a la llamada *belle époque carioca* (1898-1914). La disputa por el país la sostenían los republicanos radicales y las élites tradicionales ligadas a la agricultura de plantación regional. Los primeros resultaron ganadores y querían un Estado autoritario, centralizado y modernizante que traería el progreso a Brasil, y así dejar atrás esa bella época.

¿Quién podría oponerse a la erradicación de enfermedades y a la aplicación de una vacuna que salvara vidas? A estas alturas de la vida, ni la pastilla de un día después con todo y excomuniación para quien la emplee hubiera causado una revuelta que casi llega a un golpe militar, como ocurrió en Río de Janeiro en 1904.

Un mes antes de la rebelión, de nuevo un importante diario de oposición al gobierno publicó la foto de un hombre atacado por un tumor horripilante que había desfigurado su brazo y pecho. Según el diario, su propósito era solamente que la gente evaluara el riesgo de aceptar la vacuna, pero advertía que de hacerlo estaría dejando entrar a su cuerpo “el monstruo que contamina la sangre pura e inocente de nuestros niños con las excreciones viles expulsadas por animales enfermos...” (p.190). Otros diarios y políticos de oposición, así como organizaciones profesionales, instituciones académicas y la Iglesia positivista, rechazaban la vacuna obligatoria.

La revuelta dio inicio luego de que se difundieron las normas para la vacuna. Del 10 al 13 de noviembre, ocurrieron mítines y el asalto y destrucción en las calles y plazas, y salieron a relucir las armas de la policía y de la población. El momento fue aprovechado para que una parte del ejército amenazara con una rebelión militar, que no llegó a cuajar, pero que requirió que el ejército y la marina leales reprimieran y arrebataran a las masas el control de la ciudad. Con ello terminó la revuelta contra la vacuna y también con el plan para la

vacunación obligatoria, el cual fue desechado, por lo que la viruela salió victoriosa unos cuantos años más.

Pretextos quiere el diablo, se dice. De esa manera el gobierno siempre pensó que la revuelta era eso, un pretexto para el sabotaje político, y no anduvo errado. Pero la gente tenía sus propios motivos para oponerse, pues resultaba que aunada a la higienización de los criadores de mosquitos venía el señalamiento de edificios considerados como apropiados para ser demolidos. Eso no hubiera representado problema alguno si sólo vivieran en ellos mosquitos y ratas. En cambio habitaban miles de personas hacinadas, migrantes muchos de ellos, pobres todos, a quienes molestaron las intromisiones y sentían amenazado su pudor al permitir a extraños inocular a sus mujeres. No faltaron líderes ni organizaciones para encabezar la revuelta, ni tensiones ni tradiciones y menos entrenamiento para pelear, pues la violencia entre los pobres de Río era endémica. Aun con todo, Río fue modernizada y la oposición marginada.

Cómo se ve que las cosas han cambiado. Con mucha frecuencia nos enteramos por los medios de comunicación de que mexicanos son condenados a muerte en los Estados Unidos, o que migrantes han sido vejados y golpeados al cruzar la frontera. Las protestas se hacen ahora por la vía diplomática o a través de las organizaciones civiles. Pero en 1910, en la ciudad de México y Guadalajara, la noticia del linchamiento de un paisano de 20 años de edad a manos de una turba norteamericana en una localidad de Texas, tras acusarlo de violar y asesinar a una estadounidense, desembocó en manifestaciones, saqueo de tiendas, negocios y hogares de norteamericanos en la capital del país, del 8 al 9 de noviembre. En Guadalajara circularon rumores de que ocurriría algo semejante, pero como era común que en festejos de la Independencia —se cumplían 100 años del hecho— la gente protestara en contra de los estadounidenses y la policía lo toleraba, no se tomaron las precauciones debidas.

Como en otros casos, la prensa en Guadalajara desempeñó un papel central para incrementar los motivos de la gente para protestar no sólo por el hecho de muerte, sino contra los estadounidenses que tenían a su alcance ahí mismo en la próspera colonia norteamericana de Guadalajara y lo que ellos representaban en términos de estatus.

Los motines ocurrieron los días 10 y 11 de noviembre, desde las 8 de la noche en adelante. Los manifestantes definieron el plan de ataque y, a la voz de “¡Viva México! y ¡Mueran los yanquis!”, atacaron objetivos-símbolos muy identificados: norteamericanos, tiendas, escuelas y casas.

No es ajena a estas reacciones la situación económica que vivieron ciertas regiones del país golpeadas por el deterioro de los mercados y las viejas industrias; el descontento de la clase media en contra de los extranjeros; la exclusión de muchos de ellos del poder político y, de paso, de sentimientos religiosos procatólicos y antiprotestantes.

El libro no es un texto de remembranzas históricas de nuestras ciudades ni de cómo se luchaba antes. El recurso de la historia no está logrado como un simple trasfondo, sino, de acuerdo con Theodor Adorno, como una parte constitutiva de todo conocimiento social. Ésa es una manera de estudiar cada uno de los trabajos que componen esta interesante obra, que da la luz en un momento en que, como entonces, el eje modernizador en nuestras sociedades aparece como moneda de uso común.

Hoy en las calles de muchas ciudades la población se sigue dando cita para manifestarse y protestar. Algunos actores participantes en acontecimientos políticos saben muy bien que puede resultar relativamente fácil convocar a la gente, o involucrarla en guisos que se cocinan aparte; no estoy seguro si están conscientes, si han aprendido que, como lo muestran los estudios, la gente tiene sus propios motivos para asistir a donde son convocados para protestar.

Termino con una anécdota contada por un periodista de Hermosillo en un evento sobre cultura política (Varios autores, 2002:57), a propósito de la relación entre gobernantes y gobernados, tema que está presente en toda la obra.

En 1970, en Sonora, el Partido Revolucionario Institucional, el PRI, había perdido en las elecciones siete ayuntamientos y trabajaba para recuperarlos. Estaban próximas las designaciones de candidatos por ese partido; sin embargo, en una pequeña localidad del estado, en San Miguel de Horcasitas, ya lo habían desig-

nado. Una comisión de ese pueblo vino a las oficinas del PRI en Hermosillo, a protestar por la designación y a pedir que se diera marcha atrás. Las discusiones se hicieron muy largas, tardando hasta cerca de la madrugada, por lo que las dos partes estaban cansadas. De pronto, al auxiliar del presidente del partido, y quien en las discusiones manejaba la situación de parte de la presidencia de dicho organismo, se le ocurre preguntar: ¿por qué quieren ustedes que el partido quite a ese candidato? Uno de la comisión de San Miguel le contesta: ¡porque no lo quiere el pueblo! A lo que el auxiliar responde: ¿y qué tiene que ver el pueblo en esto?

Felipe Mora Arellano*

Bibliografía

Croce, Benedetto (1971), *La historia como hazaña de la libertad*, México, FCE.

Varios autores (2002), *Cultura política en Sonora: la visión de los periodistas*, Hermosillo, Sonora, Consejo Estatal Electoral, Serie Cultura Democrática, no. 3, septiembre.

* Profesor de tiempo completo en el Departamento de Sociología de la Universidad de Sonora.Hermosillo, Sonora,México.

Correo electrónico:fmora@sociales.uson.mx